

## **Che Guevara: Agenciamientos nómades. Pasado, presente y transición epocal.**

*“No se os haga tan amarga  
la batalla temerosa  
que esperáis,  
pues otra vida más larga  
de fama tan gloriosa  
acá dexáis”.*

Don Rodrigo de Manrique, “Coplas a la muerte de su padre”.

*“El nombre propio no pierde su poder, sino que en encuentra uno nuevo  
cuando entra en zonas de indiscernibilidad”.*

Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Mil mesetas.*

Este trabajo se propone formular hipótesis para la comprensión de la circulación y reelaboración de un conjunto de significaciones, ideas, creencias, valores y sentimientos que estructuran un legado común, aunque no siempre sean comunes las interpretaciones ni las evaluaciones de ese conjunto heterogéneo de elementos, que exceden lo eidético, lo simbólico, lo imaginario y lo real. La memoria cultural conserva y reorganiza a través de las tecnologías de la palabra y la imagen a su disposición más de lo que estaría dispuesto a reconocer cualquier defensor a ultranza de la modernidad y lo nuevo. Esas significaciones demuestran que lo nuevo es siempre abstracto como noción y que no puede ser esperado en ningún lugar preciso ni postulado en el momento de su aparición, que ingresa en un tipo de lenguaje ya existente. Ni siquiera las mutaciones sociales, como diría Karl Mannheim (1934) pueden tener el carácter de una construcción radicalmente nueva sino que reúnen lo viejo y lo nuevo en el proceso de transformación.

Para el 80% de la humanidad, los años cincuenta significaron el fin de la Edad Media. La tecnología multiplicó exponencialmente objetos conocidos e inventó otros, inimaginables en el pasado. La economía se expandió y se internacionalizó. La división internacional del trabajo se hizo

más compleja. Mientras el capitalismo se reestructuraba, la izquierda ganaba en el terreno de las ideas (Hobsbawm 1995).

A comienzos de los sesenta, las izquierdas de los países desarrollados constataban que las clases obreras preferían integrarse a la burguesía y ratificar el contrato social con los Estados de Bienestar. Sin embargo, otras porciones del mundo, cuyo protagonismo no se previó, iniciaban luchas revolucionarias, nacionalistas o antiimperialistas con gran entusiasmo y algún éxito. La revolución mundial dependía del Tercer Mundo. La hipótesis fue tan generalizada que acotarla a una mención cualquiera la banalizaría.

En 1969, la antropóloga Margaret Mead pronunció cinco conferencias sobre un tópico de época: “la brecha generacional”, que creaba un abismo entre los adultos y los jóvenes, que se sumaba a la conmoción que afectaba las relaciones entre débiles y fuertes, desposeídos y poseedores en un mundo al que todos los pueblos se integraban gracias a redes de intercomunicación con bases electrónicas (Mead 1971). Culturas hasta entonces aisladas se acostumbraban a los aviones, las radios, televisores, cámaras fotográficas y grabadores.

En el pasado lejano, los ancianos, por su experiencia, garantizaban la supervivencia de la comunidad y los niños descontaban que en el futuro serían iguales o parecidos a sus abuelos. En el presente emergía una cultura absolutamente novedosa, en la que todos los conocimientos procederían de los jóvenes y en la que los ancianos y adultos mayores no tendrían nada que aportar. Unía a la juventud de aquella época el rechazo a toda idea de cambio ordenado o evolutivo. Por el contrario, el presente se separaría del futuro de manera abrupta y tajante.

Para Mead, el futuro estaba amenazado por la inminencia de una catástrofe ecológica que sólo la ciencia podría evitar. Lo cierto es que ni la ciencia tuvo la ecología como preocupación central ni la revolución mundial tuvo lugar. Sí se impuso una cultura dependiente de los jóvenes.

Las transformaciones tecnológicas extendieron el magisterio de los jóvenes incluso a los niños. Este fenómeno es de por sí complejo, puesto que la categoría “jóvenes” requiere una nueva analítica que debería comenzar en la emergencia de la cultura juvenil entre los años cincuenta y sesenta (en los países donde tuvo lugar esa eclosión) dado que, en primer lugar, “joven” es una

categoría transitoria y, en segundo lugar, la “juventud” del presente reviste segmentaciones y plazos de vigencia más cortos y superpuestos.

La vertiginosa invención de dispositivos de uso cotidiano exigió (y exige) la revisión constante de lo aprendido al tiempo que erosiona su valor, dado que se presume su veloz obsolescencia. En cuanto al cambio, quedó cercado en las fronteras de la tecnología y la especulación teórica.

Un poco antes, lejos de cualquier optimismo científicista, Guy Debord (1967) captó el límite epistemológico que instauraba la sociedad del espectáculo: la imposibilidad de distinguir lo real de lo espectacular se volvía estructurante en la medida en que ambos se autogeneraban recíproca e interdependientemente.

La cultura tipográfica dio paso a una cultura audiovisual, la industria cultural y la sociedad de masas cambiaron de escala, la tecnología densificó lo real, desmaterializó literalmente los soportes, reformó la sociabilidad, dio lugar a otros formatos comunitarios y puso en crisis las nociones de lo privado, lo público, lo íntimo y lo éxtimo.

Sin embargo, el pasaje de la Grafosfera a la Videosfera, la consolidación sin precedentes de una cultura de masas y la globalización (además de los movimientos de las minorías, la reivindicación de los derechos a las diferencias), característicos de nuestra actualidad, requirieron algo de la energía revolucionaria, internacionalista, igualitaria y atenta a la función de los medios en la vida pública.

Ernesto Che Guevara es la figura emblemática de esos años en los que la revolución mundial parecía ponerse en marcha. Y si el futuro anunciado como una buena nueva inevitable se transformó en este presente, clausurando especialmente el evangelio de la revolución, el Che Guevara, que fue quien más lo predicó y quien más intentó que ese anuncio se concretara, quedó a salvo de esa clausura crucial, traspasando la época y dejando un legado que sigue siendo motivo de interrogaciones en nuestras nuevas coordenadas epocales. A tal punto que si un niño, para quien es difícil imaginar que hubo un mundo sin computadoras, teléfonos celulares, internet y otros datos fuertes de la vida cotidiana, quisiera averiguar quiénes fueron los hombres más influyentes de la historia contemporánea, seguramente se toparía con Ernesto Guevara de la Serna, cuyo retrato es el

más reproducido del mundo en todo tipo de soportes y formatos.

Sabemos, como advierte Cornelius Castoriadis (1996: 6), que el mundo está fragmentado: hemos dedicado muchas ingentes esfuerzos a describir sus astillas. Sin embargo, por ahora, no se cae a pedazos. Preguntarse qué lo sostiene puede aportar buenas respuestas. La ciencia, en diversas disciplinas, aporta tantos nuevos conocimientos con una frecuencia tan veloz que resulta difícil asimilarlos o enterarnos, por ejemplo, de que un planeta ya no es considerado como tal. A menudo no alcanzamos a actualizar nuestra información sobre esos temas. No sabemos el estado de la cuestión sobre las causas que tuvieron como consecuencia la extinción de los dinosaurios. Tampoco sabemos, por otras razones, cómo y por qué se quemó totalmente la Biblioteca de Alejandría. Podríamos prever la aparición (casual o fruto de una búsqueda en curso) de la versión completa del poema de Parménides sobre el que filósofos y filólogos especulan sobre el ordenamiento de los fragmentos o el significado de los restos existentes, es decir, el pensamiento filosófico de Parménides. El acceso al texto completo volvería a confirmar la precariedad de nuestros conocimientos, siempre sometidos a la posibilidad de cambios. Ese estado de cosas habilita y exige pensar qué sostiene nuestro mundo, incluso cuando parece estar por implosionar: en todo caso, no finalizar como un estallido sino como un agónico gemido, tal como profetizaba T. S. Eliot en “The Hollow Men”:

*This is the way the world ends  
This is the way the world ends  
This is the way the world ends  
Not with a bang but a whimper.*

Entre 1947 y 1956 los hallazgos arqueológicos de Qumran, donde aparecieron los manuscritos del Mar Muerto han dado un ímpetu extraordinario a los estudios bíblicos, donde actualmente se reúnen investigadores de diversas disciplinas (sociólogos, especialistas en género, historiadores, teólogos, filósofos, historiadores, lingüistas, historiadores de la literatura, antropólogos, etc.) para producir un conjunto asombroso de descubrimientos que, por estar tan departamentalizados, otras áreas de la investigación permanecen al margen de la reflexión que podrían generar (Álvarez Cineira 2009; Aguirre 2010)<sup>1</sup>.

¿Qué enseña la vigencia del Che? ¿Qué lo deja en estado de apertura? ¿En qué agenciamientos o memorias se funda la obcecada durabilidad de la “querida”/”odiada” presencia”? Guevara condensa en las significaciones que ha adquirido, pero también las que se dio para sí mismo de manera explícita y las que le fueron asociadas, una riqueza explicativa del pasado reciente y el pasado remoto, el presente y, tal vez, el futuro. Jean Paul Sartre lo calificó de “máximo ejemplar de la especie humana” (Sartre 1960: 20); en términos más modernamente técnicos, podría representar al “actante rizoma” del que habla Bruno Latour (2005). Se lo podría ver como un agujero negro hiperdenso, puro cristal de masa, de muta, motín, jauría o manada guerrera pero también racional/humana, tal vez violentando un poco pero no lejos de las ideas de Elías Canetti (1960), que invoca la carga de las masas futuras e incluso la de las masas invisibles y pasadas de los muertos, y las visibles y contemporáneas de los explotados.

Ese nodo espacio temporal conecta con todos los lugares y todos los tiempos: es que pasado y presente no son otra cosa que un conjunto de hechos brutos (o de materiales empíricos) que, no obstante, han sido reevaluados críticamente por nosotros. En un segundo enfoque, puesto que estamos delante de ese pasado y que, por lo tanto, éste pudo entrar en los presupuestos de lo que pensamos y lo que somos, adquiere una suerte de importancia trascendental, ya que su conocimiento y su crítica forman parte de nuestra autorreflexión. Y es así, no sólo porque se hace manifiesta la relatividad del presente, debido al conocimiento de otras épocas, sino porque se deja entrever la relatividad de la historia efectiva, a través de la reflexión sobre otras historias que fueron efectivamente posibles y no se produjeron. (Castoriadis 1997: 66)

Volviendo a Guevara, lo vemos operando como una máquina de guerra que, para avanzar, precisa hacer redes (también caminos) y reclutar adeptos, machetero de sendas todavía inexistentes, en el espacio y el tiempo. Hacia atrás y hacia adelante, como creador, estratega y teórico de una manera de ser de las redes. Clásico y singular ejemplo del actor-red: no reducible ni a un simple actor ni a una simple red; más bien el compuesto de series de elementos heterogéneos, animados e inanimados, un entrelazamiento capaz de autotransformarse (Callon 1998: 1569. Como tecnólogo de la palabra, oral, escrita y también de la imagen, es eslabón y primera pieza de la red (y de las

redes en las que se intercala).

De hecho, Guevara se refiere asiduamente en sus discursos a los jóvenes y a los estudiantes a la “revolución técnica” que anticipa la “sociedad del conocimiento” y las posibilidades de vinculación que se anuncian en los nuevos medios y soportes. Consideraba esa revolución técnica, para la que exigía prepararse, tan inminente como la revolución socialista. Resulta irónico que, más allá de los enigmas que todavía permanecen, su muerte se deba a la fallas de los sistemas de redes, a la incomunicación, a la pérdida de contactos con la célula urbana y con sus propios compañeros, al mal funcionamiento de las radios, a la incongruencia de los mapas que lo guían con el terreno natural en el que se mueve y pretende orientarse a partir de representaciones cartográficas que, como anota en su Diario de Bolivia, están erradas. El Che pierde contacto incluso con sus propios hombres, muy poco antes de que termine de desarrollarse una tecnología que revolucionaría las comunicaciones y las posibilidades de funcionar en red en una escala donde la voluntad ya no desempeña ningún papel.

Se observa que el Che se sostiene y sostiene. Que está atravesado por elementos vivos de culturas arcaicas, al tiempo que es el máximo emblema del nuevo tipo de cultura que Margaret Mead denomina “prefigurativa”, de la que se espera que todo el conocimiento proceda de los jóvenes y no de los pares o los mayores; dicho en otros términos, aquella que pone en crisis los lazos pedagógicos y los procesos de aprendizaje sobre los que se apoyaban las culturas anteriores, haciendo estallar la comprensión y la experiencia de lo generacional.

Por un lado, es el modelo del “hombre nuevo”, ese hombre que Guevara desea encarnar y hacer engendrar (a través de la épica de la *vis*, la virtud viril, el ejemplo) en un momento en el que la apelación a la novedad se torna central, lo que también explica, en parte, su estado de apertura y su destino en la transición epocal, donde la obsesión de lo nuevo sigue otros derroteros hasta llegar a su total exaltación hipostasiada en la lógica de la *nouveauté* (no la novedad) que rige los fundamentos por los que se venden los productos en el mercado de la sociedad de consumo de masas, donde se promociona lo nuevo como nuevo porque es nuevo y ni siquiera hace falta decir qué tiene de nuevo<sup>ii</sup>.

Precisamente por eso y no contra eso, la mercantilización está lejos de atentar contra la vigencia del Che en sus significaciones pasadas y concretas y tampoco la desmiente aunque la desvíe sólo en el sentido en que el presente mercantiliza todos los símbolos. La mercantilización y el uso icónico sobre cualquier objeto es producto de la impactante versatilidad y capacidad de absorberlo todo característica de la sociedad de consumo, en la que el Che comparte ese destino serializado e industrial con Cristo, Lenin, Mao y la Madre Teresa de Calcuta, entre otros. Lo que importa es saber por qué el Che es un ícono siempre en disponibilidad. Señalemos, de paso, que su ingreso al mundo de los objetos es bastante inmediato y no hay por qué atrasarlo. El editor Feltrinelli le pidió a Korda la famosa foto del Che con la boina, en 1967, y en Milán, ese mismo año, la hizo estampar en el celeberrimo póster. Muy pronto se fabricaron las camisetas con el rostro del Che tomado de aquella foto. Una de las primeras en usarla fue Angela Davis en una manifestación del Black Power en Nueva York. (Filippi 2007: 4).

El Che sobrevive (tal vez no enteramente) a ciertas zonas ríspidas del debate político, tanto argentino como cubano. Sobrevive también a la caída del muro de Berlín, que pone fin, según Eric Hobsbawm (1995), al siglo XX. Esa vigencia, si bien no desafía totalmente las provocativas hipótesis de Bruno Latour, según las cuales la civilización occidental nunca ha sido verdaderamente moderna, pone en duda el hito del “milagroso año 1989” y la desaparición del socialismo real en la ex URSS, que está en el centro de la periodización de Latour (2007:24) y que le permite fundamentar parte de sus argumentos.

¿La perduración tiene que ver con lo que no se clausura o con lo que quizás nunca se clausuró? Toda apertura participa del momento en que el presente traba sentido con el futuro y con el pasado. Los modos de la presencia de Guevara en la cultura informan magistralmente sobre los fenómenos de la larga duración puesto que las significaciones de lo que sigue vigente a pesar de las clausuras que eso mismo pudo entrañar siempre señalan las presuposiciones históricas que anudan lo que dura de lo duradero. Especialmente cuando tramitamos la rápida obsolescencia de objetos que parecen vitales, imprescindibles e irremplazable y sin embargo pasan a incrementar la fascinante historia de lo destituido y lo olvidado. Lo que se mantiene nos permite pensar cómo

opera el pasado conocido para producir significaciones culturales y nos exige pensar en el carácter poderoso de convenciones que hace mucho no cuestionamos y en el poder de los elementos que la especie humana nunca controló, como el clima. Un pedazo de papel formalizado según ciertas reglas, eso que llamamos billete, vale lo mismo para todo, hombres, mujeres, nativos, extranjeros, pobres, ricos, jóvenes, viejos. Sin duda ese papel no cuesta igual para cada uno pero se intercambia universalmente sin interpelar en el intercambio ninguna subjetividad singular. Los libros que llamamos clásicos, los que han atravesado las vicisitudes del tiempo, se convierten en una taquigrafía social, una garantía de objetividad de lo intersubjetivo: ni siquiera hace falta leerlos para saber que su simple mención implica un ingreso en la lengua común, en la koiné, que da por sentada la existencia de representaciones complejas y compartidas que aceptamos y utilizamos como si sólo existieran para que podamos comprender que hay comprensión de lo que en muchos casos no se conoce o en muchos casos se desconoce por completo, cuando consentimos en definir o describir algo en términos de dantesco, kafkiano o surrealista.

Para que eso suceda, debe perdurar el recuerdo, tal vez no del texto pero de algo que lo aluda. No es casual que la trayectoria vital de Guevara sea, primordialmente, una historia del desplazamiento físico del cuerpo. Saulo de Tarso, luego San Pablo, caminó casi tres mil kilómetros en el siglo I de la llamada “era común” con el objetivo de hacer llegar su mensaje y, especialmente, difundir entre los “gentiles” su reelaboración del significado de la prédica de Jesucristo. Tenía a su favor, para semejante esfuerzo, los caminos que los romanos habían construido con el fin de garantizar la extensión del Imperio y la existencia del griego como *lingua franca*. Saber escribir le fue de gran utilidad: las condiciones para que las ideas, creencias o referencias comunes agrupen e identifiquen a individuos separados por territorios y culturas son tan necesarias como los mensajes mismos: estamos nuevamente ante la necesidad de comprender qué significa aquello del “actor-red”. Hace falta quien entrelaza los elementos heterogéneos y hace falta la red para redefinir y transformar aquello de lo que está hecha.

Guevara recorre a pie gran parte del camino aunque es un pionero del viaje en bicicleta y motocicleta para las grandes distancias. Los versos de Gironde nos recuerdan la existencia de los



tranvías, como su admirado Valéry Larbaud la de los trenes. La propagación de las ideas de Guevara debe mucho tanto a los medios de transporte que le permiten recorrer largas distancias en tiempos brevísimos como a la reproducción de sus discursos escritos y orales en cartas, libros y, sobre todo, en la naciente televisión que ha legado horas y horas de imágenes del Che, como se puede verificar en la web a diario. Así, Guevara emerge a la consideración pública en tiempos privilegiados por nuevas condiciones de fama y celebridad. La televisión y la tecnología de la incipiente era digital permiten que los sucesos registrados puedan llegar a través de las imágenes a todo aquel que disponga de un televisor para seguir el pulso de lo que pasa, como lo hacía en su momento el propio Che con su familia, unidos al mundo por la radio, escuchando noticias sobre la guerra civil española.

Son muy pocos los protagonistas de la historia que han podido utilizar las tecnologías de la palabra (la letra, el sonido) y de la imagen (fotografía y filmaciones) de manera tan extensa y diversa. Guevara está presente en casi todas las geografías posibles de su tiempo, primero en su país natal y luego por el mundo, en centenas de estaciones climáticas, todas singulares, todas memorables. Ese nomadismo comienza desde la infancia y su ímpetu no se detiene con la muerte: al contrario, se intensifica con ella. En la topología infinita en el espacio y el tiempo el Che no es de ninguna parte y es de todas, no es de nadie porque puede ser de todos. Tal vez allí resida el factor crucial de su actual mundanidad. Su desplazamiento espacial y temporal es simultáneo de la globalización (que Guevara, todavía en léxico marxista concibe como “internacionalización”). En su modalidad de agenciamiento, traza líneas de desterritorialización que siempre se abren a una tierra excéntrica, inmemorial o futura. Su heroísmo poético busca crear poblaciones moleculares con la esperanza de que siembren o incluso engendren el pueblo futuro (Deleuze/Guattari 2000: 514 y 349, respectivamente).

El Che es un nexo privilegiado de transición epocal, porque vivió en el momento climático de la inminencia revolucionaria y en el apogeo de la idealización de la cultura del libro, y se inscribió con naturalidad en el naciente universo de la cultura multimediática y global. Su emergencia como personaje en la opinión pública, es estrictamente contemporánea de un tipo de

reproductibilidad que llevaba a los hogares, en momentos en que la televisión se torna hegemónica, los sucesos protagonizados por Guevara, una figura principal de la época. La potencia audiovisual, sumada a la tendencia de la imaginación religiosa antropomorfista, lo convierte en un mito poderoso y, muchas veces, sagrado.

Guevara abandona la Argentina en una búsqueda personal sin precedentes, que no necesariamente se le presenta como una búsqueda política. En su segundo diario, en su segundo viaje por América Latina anota como primer entrada: “El nombre del ladero ha cambiado, ahora Alberto se llama Calica; pero el viaje es el mismo: dos voluntades dispersas extendiéndose por América sin saber precisamente qué buscan ni cuál es el norte” (Guevara 2000: 11). En el camino que lo lleva en varias etapas hacia nuevos nodos que vuelven a impulsarlo cada vez más lejos, va adquiriendo notoriedad: era una rareza ver, en los años cincuenta, “viajeros” sin destino ni profesión estable. Las fotografías de Guevara aparecen en periódicos locales; es futbolista, cronista, fotógrafo, médico, conferencista, curioso, aspirante a poeta, a político, a combatiente. Las personas con las que interactúa en la cartografía inusual y móvil en la que podemos ubicarlo mes a mes, año a año, lo recuerdan en su calidad de personaje “especial”. Se encuentra en Guatemala cuando los militares deponen al presidente Jacobo Arbenz. En sus viajes por el continente se reúne con ministros, embajadores, futuros presidentes, diplomáticos. Por sus lazos de familia tiene acceso a los más altos niveles en casos de necesidad. También socializa con leprosos, mineros y conspiradores. En México se embandera tras la causa de Fidel Castro y se embarca con los expedicionarios del *Granma*. Los primeros reportajes que concede en la Sierra Maestra y, luego, la entrada triunfal en La Habana consolidan su leyenda heroica. Viaja por todo el mundo representando a la Revolución, Todd Gitlin “la primera revolución televisada de la historia” (Gitlin 1987: 32): las imágenes catódicas y de la prensa cotidiana lo muestran en las escalerillas de los aviones, saludando a estadistas, ovacionado por multitudes: los hombres de estado del mundo se inclinan ante él, se preocupan por su existencia, planifican su muerte pero ninguno se muestra indiferente.

No sólo es un lector al que pocos pueden compararse en cantidad de lecturas y en avidez por los libros. Escribe y si bien no se le atribuyen las exuberantes dotes oratorias de Fidel Castro se

reconoce capaz de persuadir mediante la palabra:

Tengo que triunfar sin medios y creo que lo haré, pero también me parece que el triunfo será obra más de mis condiciones naturales –mayores de lo que mi subconsciente cree—que de la fe que ponga en ello. Cuando oía a los cubanos hacer afirmaciones grandilocuentes con una absoluta serenidad me sentía chiquito. Puedo hacer un discurso diez veces más objetivo y sin lugares comunes, puedo hacerlo mejor y puedo convencer al auditorio de que digo algo cierto pero no me convenzo yo, los cubanos sí (Guevara 2000: 42)<sup>iii</sup>.

Pese a la modernidad a ultranza que promueve y encarna, Guevara detesta las ciudades: prefiere moverse en zonas campesinas y premodernas. Podría considerarse que esta opción implica un rasgo de arcaísmo que se opone a la celebración de la ciudad. Tal vez sea preciso analizar esa fascinación por lo rural, por un lado teorizada en la noción de “foco” guerrillero, con el hecho de que en ese preciso momento en el que se habla de las masas campesinas, comienza lo que Eric Hobsbawm distingue como el más memorable de los fenómenos del siglo XX, el despoblamiento rural a escala mundial y con la vocación pedagógica que es una de las obsesiones de Guevara: enseñando el amor por la lectura y la doctrina revolucionaria. En el Hombrito, en el Congo, en Bolivia, siempre dedica tiempo a la alfabetización.

Esa fe en la letra y el conocimiento, que lo acercará al ideal letrado de su tiempo, sobrevive a las transformaciones de la Grafosfera. Más que otros letrados de su tiempo, es Guevara quien difunde la necesidad de ilustración en nuevos soportes ya auditivos y visuales, como la televisión, que se volverá el medio hegemónico apenas después de su muerte.

Entre las posesiones más estimadas que cargaban los alzados, se destacaba siempre la pesada mochila conteniendo la biblioteca ambulante y los diarios que la mayoría de los rebeldes escribían durante la campaña. Escritor, orador, lector, maestro, especialista en cultivar almas sin letras, en escribir en los márgenes de su poco tiempo, en soportes precarios: libretitas, cuadernos, libros en cuyos espacios libres anota minuciosamente su escritura de comentador y de refutador.

Guevara desarrolla su doble pasión por las letras y por las armas, no sólo en privado sino en público y en tiempo real, por todos los medios, los arcaicos, los modernos, en un mundo en el que, como describe Margaret Mead en 1969 “todos los pueblos del mundo forman parte de una red de intercomunicación con bases electrónicas” (Mead 1971: 93). Su voz y su escritura acortan las distancias al instante y esa intensificación de lo oral también se corresponde con la intensificación

de lo visual, con la repetición de su presencia en todas partes y a todas horas. Es un nodo privilegiado en todas las direcciones topológicas, tanto terrenales como virtuales y también un experto tecnólogo de la palabra, la primera pieza o eslabón de cualquier red. Se ubica en el cruce de las relaciones entre oralidad y escritura justamente en el pasaje de la cultura del libro a la naciente Videosfera que lo incluye como uno de sus objetos privilegiados.

Ese mundo posee tanto los elementos de reproducción a gran escala como una memoria cultural en la que conviven elementos orales y letrados que convergen en su figura. Esos elementos que constituyen la materia prima del héroe y el santo modernos. Lo mediático, incipiente pero portentoso en la coyuntura del Che y de la revolución cubana, condensado en una serie de imágenes verdaderamente inolvidables, puede pensarse como un aspecto configurante de lo heroico y de la santidad. Las imágenes y el alto impacto de las noticias cubanas amplificaron extraordinariamente lo que las culturas anteriores, que todavía carecían de elementos para producir escenas globales a escala planetaria, denominaban fama. La vida del Che ya estaba, si se quiere, disponible para el ejemplo, la biografía, el canto propagandístico, la identificación y la admiración por el héroe. Para un mundo no enteramente alfabetizado o, por el contrario, extraordinariamente letrado, el Che en acción representa lo situacional y lo agonístico de lo oral, eso que también definirá las muchas referencias de sus contemporáneos al carácter arrollador de su querida presencia.

La presencia, por otra parte, es oral/aural/corporal por definición. Evocando el impacto que le provocó oír por radio la primera entrevista al Che, *Ciro Bustos* dice:

Lo que me impresionó al escuchar al Che no fue su discurso político ni su mensaje revolucionario, que ni siquiera lo había, ya que la radio porteña centraba la cuestión en su condición de argentino metido en guerras de ideas casi bolivarianas. La conexión se produjo en primer lugar con la voz, que no era la voz engolada o doctoral de un político o demagogo profesional. Era una voz que podía salir de la garganta de un hermano o amigo mío, sin ninguna petulancia, en una tranquila conversación de café. (...) El programa terminó con el reportaje a Fidel Castro, que constituía el plato fuerte. Pero a mí me quedó resonando la voz del Che, esa voz que se oía por primera vez, la voz de la verdad..." (*Bustos 2007: 37-38*).

La tradición heroica de la cultura oral primaria y de la cultura escolarizada temprana está relacionada con el estilo de vida agonístico, pero se explica mejor y de manera más contundente desde el punto de vista de las necesidades de los procesos intelectuales orales. Guevara ha marcado profundamente la cultura letrada y también la compleja y masiva cultura de la oralidad secundaria, en la que, de maneras que habrá que explorar en otra ocasión, retornan las psicodinámicas de la

oralidad señaladas por Walter Ong (1982)<sup>iv</sup>. Para Ong, la memoria oral funciona eficazmente con los grandes personajes cuyas proezas son gloriosas, memorables y, por lo común, públicas. Las personalidades incoloras no pueden sobrevivir a la mnemotécnica oral. A fin de asegurar el peso y la calidad de notables, las figuras heroicas tienden a ser genéricas: el sabio Néstor, el aguerrido Aquiles, el astuto Odiseo. Resulta más fácil acordarse del Cíclope que de un monstruo de dos ojos; o del Cancerbero que de un perro ordinario de una cabeza. Por otra parte, la fuerza de la palabra oral para interiorizar se relaciona de una manera especial con lo sagrado, con las preocupaciones fundamentales de la existencia. En la mayoría de las religiones, la palabra hablada es parte integral de la vida ritual y devota. Paul Zumthor (1989: 25) prefiere el término “vocalidad” para expresar la historicidad de la voz: su empleo. En el texto pronunciado, cuando se lo enuncia, la voz trasmuta en ícono el signo simbólico proporcionado por el lenguaje; tiende a despojar al signo de todo lo que tiene de arbitrario; lo motiva con la presencia de ese cuerpo del que emana. Pensemos en la magnitud de esta dimensión aural en un mundo de oralidad secundaria que además recupera la potencia de lo visual unida a la impresión que causó en el mundo un acontecimiento extraordinario como lo fue la Revolución Cubana.

Para comprender cómo queda soldado al pasado y al presente, también hay que considerar los aspectos presentes y persistentes del heroísmo, tanto en las culturas orales –lo que resulta lógico y natural– como en las hiperletradas. Eric Hobsbawm (2001) analiza la gravitación de los diversos mitos sobre el bandolerismo y no hace falta repasar mucho epopeyas y ciclos legendarios de culturas orales para ver que hay en casi todos los relatos significaciones afines.

Los intelectuales que se alinearon tras la expectativa de una revolución inminente, consideraron a Guevara como el hombre que reunía de manera ejemplar todos los ideales de su tiempo. Guevara es uno de los más ávidos lectores de su tiempo; también escribe de manera incesante desde niño e incluso lleva registro ordenado de sus lecturas. Hace lo mismo con sus propias imágenes. Ha dejado como pocos un repertorio de escrituras y documentos visuales. En vida, ha logrado ser admirado por los escritores que él admira y hasta es tema literario de los autores más célebres de su tiempo.<sup>v</sup> Dice Thomas Carlyle que en tanto haya hombres, el culto a los

héroes persistirá: parece tener razón incluso contra la extendida idea de que no hay ya grandes hombres o que es una ideología “romántica” en desuso la que lleva a decretar que porque la noción es ideológica carece de existencia empírica. Las “vidas” de Guevara llenan anaqueles de biografías (muchas veces apasionadas, no siempre empáticas) y la vastísima cantera de imágenes legadas, a la que se suman incesantes debates, homenajes y elegías desde 1959, permiten inferir que ninguno de sus contemporáneos ha concitado el interés que ha despertado y sigue despertando. Además, es el único a quien varios países consideran un prócer nacional (en varios continentes) e incluso un santo. Autor de una de las tantas biografías de Guevara, Pacho O’Donnell, comenta en un artículo publicado en el diario La Nación, el 18 de agosto de 2005, que según una encuesta internacional reciente publicada en el diario argentino La Nación en agosto de 2005, Guevara era la personalidad más admirada en todo el mundo. En parte, esa admiración señala que la ejemplaridad ya no es de rigor entre quienes mandan. Objetivamente, la “fama” sigue operando como en los tiempos de Manrique, si consideramos el caso del Che: revisitado insistentemente por la cultura letrada y la no letrada, capaz de resumir, en un engrama “clásico”, significaciones heterogéneas pero casi siempre agonísticas, mesiánicas, ejemplares o, por qué, no, excesivas.<sup>vi</sup> El “autor intelectual” de la Revolución cubana, su “apóstol” José Martí, decía, por su parte, 1889:

El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantes fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

Esa “vida”, ya sea escrita según los protocolos del género o debatida en comentarios y debates de la web, editada con materiales “nuevos” que continúan apareciendo, con materiales de archivo y destinada a ilustrar situaciones y contextos actuales y pasados de lo más heterogéneos y diversos, consolida (a veces a pesar de los autores) la trayectoria vital del héroe, el santo laico, el santo teológico e incluso más. El rizoma Guevara conecta con Cristo, con Martí, con Marx, con El Quijote, con los olímpicos de Píndaro, con San Martín, con Bolívar, entre otros; en la serie de los pescadores de hombres, los que comandan batallones, los héroes, los santos, los que crean las gestas que otros cantan o escriben. Y se es una cosa o la otra según qué institución o qué “países mentales” glorifican o canonizan. Es ese agenciamiento diverso y hasta contradictorio lo que lo hace clásico y

lo que le permite atravesar coordenadas epocales que, en muchos casos, pueden verse como antagónicas en términos de predicción y cumplimiento. La enfermera que en 1967 fue la encargada de lavar el cadáver es actualmente devota de "San Ernesto" en su vivienda de Vallegrande, donde sin trámites algunos, muchos habitantes han santificado o beatificado sin certificaciones institucionales a Guevara. Dejo aquí una pregunta que desarrollaré en otros trabajos sobre la pertinencia de las categorías de secularización y modernidad aplicadas a la sociedad en su conjunto, como a las modernas prescripciones que descartan la existencia de héroes o grandes personalidades como factores decisivos en la historia. Es posible que algunas categorías “racionales” con las que trabajamos sean más idealistas de lo que se piensa cuando se las utiliza para impugnar el idealismo de otras a las que supuestamente trascienden o superan.

Por otra parte y en un sentido completamente diverso y bastante inesperado, Ernesto Guevara es presentado como “catalizador” casi puro, como un agenciamiento prácticamente tecnológico, una suerte de fuerza gravitatoria de las voluntades humanas en el proceso que puso en relación a individuos aislados y los llevó a unirse y producir un levantamiento popular que determinó nada menos que la caída de quien fuera el presidente de Egipto por más de tres décadas. Wael Gonim, ejecutivo egipcio de Google, considerado el gran artífice de la revuelta por haber utilizado su página de Facebook como canal de reunión y comunicación y nodo de la protesta precisó en declaraciones periodísticas que no se consideraba un héroe. Sí subrayó que sus amigos se habían reído de él un año antes, cuando pronosticaba el potencial de internet como motor de transformación de la escena política de su país. En diversas entrevistas a los medios puntualizó: “La red mundial es el Che Guevara del siglo XXI. Ya no hace falta una sola figura carismática para galvanizar y organizar a las masas”. La misma opinión es compartida por Alec Ross, actual asesor de Estado de los EE.UU.<sup>1</sup>

## Bibliografía

---

1 <http://techpresident.com/blog-entry/che-guevara-21st-century-network> (última consulta: 04.07.2011)

- Adorno, Theodor: *Teoría Estética*, Madrid, Taurus, 1970.
- Aguirre, Rafael (ed.) (2010): *Así empezó el cristianismo*, Navarra: Editorial Verbo Divino.
- Alvarez Cineira, David (2009): *Pablo y el Imperio Romano*, Salamanca: Sígueme.
- Bustos, Ciro (2007): *El Che quiere verte. La historia jamás contada del Che*, Buenos Aires: Vergara.
- Callon, Michel (1998): "El proceso de construcción de la sociedad. El estudio de la tecnología como herramienta para el análisis sociológico", en Domenéch y Tirado (comps.) *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, Madrid: Gedisa, p. 156.
- Canetti, Elías (1977): *Masa y poder*, Barcelona: Muchnik Editores.
- Carlyle, Thomas (1985): *Los héroes*, Madrid, Aguilar.
- Castoriadis, Cornelius (1997): *El mundo fragmentado*, Buenos Aires: Altamira.
- Debord, Guy (1967): *La société du Spectacle*, Editions Buchet-Castel: París.
- Deleuze Gilles / Guattari, Felix (2000): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia: Pre-Textos.
- Filippi, Alberto, (2007), *Il mito del Che*, Turín: Einaudi.
- Eliot, T. S. (1925): *The Hollow Men* en <http://www.americanpoems.com/poets/tseliot/1076> (última consulta: 04.07.2011).
- Gitlin, Todd (1987): *The Sixties. Years of Hope, Days of rage*, New York: Bantam Books. .
- Guevara, Ernesto (2000): *Otra vez. El diario inédito del segundo viaje por América Latina*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Hobsbawm, Eric (1995): *Historia del siglo XX: 1914-1991* , Buenos Aires: Crítica- Grijalbo Mondadori.
- Hobsbawm, Eric (2001). *Bandidos*, Barcelona: Crítica.
- Latour, Bruno (2005): *Reassembling the Social: an introduction to the Actor-Network Theory*, Oxford: University Press.
- Latour, Bruno (2007): *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Manheim, Karl (1969): *Rational and Irrational Elements in Contemporary Society* ("Hobhouse Memorial Lecture", 7 de marzo de 1934, Bedford College, University of London), London: Oxford University Press, 1934
- Martí, José (1977): *Nuestra América*, Caracas: Biblioteca Ayacucho. (Primera edición en lengua original en 1891).
- Mead, Margaret (1971): *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*, Buenos Aires: Granica.
- Ong, Walter (1982): *Orality and Literacy*, London-New York,:Methuen
- Zumthor, Paul (1989): *La letra y la voz de la "literatura medieval*, Madrid: Cátedra.



---

<sup>i</sup> Sin dudas, se han abierto nuevos horizontes para analizar la figura de Pablo y la de Jesús. Lo más importante es el énfasis en la puesta en relación entre el culto a la divinidad del emperador, inaugurado por Augusto en el siglo I y la emergencia de un contradiscurso en contra de esa deriva. Paradójicamente, se trataría, en parte, de una negativa secular a unir religión y Estado. También se ha revelado la gran diversidad de cristianismos y judaísmos en el siglo I y II y la ambigüedad duradera entre las identidades judías y cristianas hasta su formulación, muy posterior. Los primeros cristianos fueron, en su mayoría, judíos para quienes el Mesías había llegado.

<sup>ii</sup> Esto lo capta admirablemente Theodor Adorno y advierte también contra esa deriva aunque parece que no se ha entendido con claridad su clarísima frase sobre el carácter siempre abstracto de lo nuevo que precisamente indica que no es algo que se pueda esperar, puesto que siempre es, por definición, desconocido. Véase, *Teoría Estética*, Madrid, Taurus, 1970.

<sup>iii</sup> Es notable el uso del lunfardo y otros argentinismos por parte de Guevara en sus anotaciones: guita, laburo, capo, curda, morfar, ligar, fato, dar bola, al pedo, por ejemplo.

<sup>iv</sup> El autor denomina “oralidad primaria” a la oralidad de una cultura que carece de todo conocimiento de la escritura o la impresión. Es “primaria” por el contraste con la “oralidad secundaria” de la actual cultura de alta tecnología, en la cual se mantiene una nueva oralidad mediante el teléfono, la radio, la televisión y otros aparatos electrónicos.

<sup>v</sup> No puedo extenderme más sobre cuestiones tan importantes como las conexiones con el pasado que sustentan las significaciones presentes de Guevara, objeto de un trabajo más extenso en elaboración. Cf. Claudia Gilman: “Maneras de decir: el canto de la acción. Che Guevara, polígrafo salvaje. El interpretador”, Número 36, marzo 2010. En <http://www.elinterpretador.net/36/numero36.html>

<sup>vi</sup> Los héroes son el tema de sus famosas conferencias de 1841, reeditadas en España en 1985.